



Plazuela Ecuador

Jason Kahn

In Place Valparaíso

Jason Kahn

Capítulo 3

Plazuela Ecuador

Noviembre 27, 2019

8:00 - 16:00 hrs.

Veó una especie de pequeña plataforma de observación sobre Plazuela Ecuador. Subo por los escalones y observo la escena que tengo ante mí. Avenida Ecuador atraviesa el centro de la plaza desde calle Condell y continúa subiendo por el cerro a mi izquierda. A mi derecha, las calles General Mackenna y Yerbas Buenas se adentran en los cerros que se levantan empinadamente a mis espaldas.

Todo está relativamente tranquilo, como es habitual a esta temprana hora de la mañana. Pero en mi mente bullen los recuerdos de la noche anterior, cuando ardieron los fuegos de las barricadas en Plazuela Ecuador y a lo largo de Condell. Con multitudes de manifestantes lanzando piedras a la policía y destruyendo las cortinas metálicas de varios locales comerciales. La policía cargaba de vez en cuando contra los manifestantes, pero no podía atrapar a nadie, ya que se disolvían como el agua entremedio del vecindario detrás de la plazuela.

Y así, contemplando este somnoliento paisaje matinal, no puedo evitar superponer los sonidos de las protestas de anoche. Los manifestantes burlándose de la policía, a veces uniéndose en gritos y cantos espontáneos, inspirándose para aguantar y expresar su indignación. A todo esto se sumaban las sirenas de la policía perforando la noche. A veces, un ensordecedor pitido de un vehículo policial caía como una bomba sónica, paralizando a todo el mundo durante una fracción de segundo, para luego seguir con lo que estaban haciendo momentos antes. Lo que probablemente significaba lanzar piedras, huir, derribar los carteles de la calle, arrancar planchas de metal del frontis de una tienda, saquear esa misma tienda, prender fuego a las cosas o, si tenías mala fortuna, ser rociado con gas lacrimógeno, golpeado, recibir el impacto de una bala de goma en el ojo o ser arrestado.

En definitiva, una red sonora extremadamente densa y caótica. En gran medida intensa, estridente y muy enervante. Después de llegar a mi casa y acostarme para dormir, no pude conciliar el sueño. Mi mente revuelta por todos estos sonidos, su resonancia

me llenaba de visiones de llamas, luces parpadeantes y de punteros láser verdes que rebotaban por las calles y los edificios como un loco videojuego de la vida real.

¿O estaba ya dormido y soñando? Con el mundo desmoronándose a mi alrededor, los robocops merodeando por las calles como enormes simios armados. Manifestantes alzándose en una rebelión espontánea. Coágulos de caos bloqueando las calles, objetos volando por el aire, nubes de gas lacrimógeno picando nuestros ojos, quemando nuestros pulmones. Un cañón de agua que te rocía de líquido para quemarte la piel. Sirenas y gritos y voces de megafonía, exclamaciones de euforia, rabia y desesperación. ¿Dónde estaba todo esto ahora en la Plazuela Ecuador? ¿Había entrado en una realidad paralela? ¿Las secuelas, el preludio? ¿Qué podía escuchar ahora? ¿Podría alejar los recuerdos de la noche anterior? ¿O tendría que vivir en sus sombras hasta que mi mente los desplazara cubriéndolos con otros recuerdos, capa sobre capa?

Un diminuto sonido metálico me saca de mis pensamientos. Miro a mi alrededor pero no logro localizar el sonido, que me recuerda a alguien golpeando ligeramente un platillo. Mi mente de músico impone ritmo al pequeño sonido, en vez de dejarlo libre, sonando en el espacio sin contenido ni significado. Por casualidad, miro hacia un bus que está parado a mi izquierda, preparándose para partir. Observo una pequeña tapa metálica con bisagras sobre el tubo de escape vertical del bus. Esta sube y baja al ritmo de los golpes de la combustión de su motor. Y ahí está el sonido, ésta tapita de metal golpeando delicadamente contra el borde del tubo de escape. Un interludio musical para la temprana mañana.

Aunque las calles de la Plazuela Ecuador están pavimentadas con adoquines bastante gruesos, me doy cuenta de que los autos se balancean de manera especialmente extraña cuando la cruzan. Si van demasiado rápido, los vehículos golpean y rebotan violentamente, y a veces cuando el chasis toca fondo, aterrizan con un golpe parecido al de un martillo. Todo esto se debe a que ahora faltan muchos adoquines en la plaza.

Habiendo sido arrancados de la calle la noche anterior por los manifestantes, quienes los utilizaron para lanzarlos contra la policía o los locales tapados con planchas metálicas.

Por toda la plaza, enormes baches crean una carrera de obstáculos para los autos y numerosos buses, que rebotan como marionetas sobre la devastada superficie. Un constante bang y luego boing, boing, boing repetido ad infinitum hasta que la plaza empieza a llenarse de tráfico y los autos se ven obligados a conducir más lento. Poco a poco aprenden a golpear los baches con menos velocidad, disminuyendo el impacto. Esta peculiar especie de eco, compuesto por los amortiguadores de cada vehículo rebotando hasta arruinarse, se desvanece lentamente. Una resonancia rezagada de la noche anterior.

Me percato de una enorme mancha de material quemado que cubre el centro de la plaza. Cada vez que un vehículo intenta acelerar para alejarse de este montón de cenizas, los neumáticos chirrían salvajemente, incapaces de generar tracción. La noche anterior, un montón de neumáticos había ardiendo aquí. Los que ahora se vengan de sus homólogos, que siguen funcionando como neumáticos acoplados a los vehículos, moviendo a la gente. Como si dijeran: "Todavía es posible que conduzcas por aquí, pero nuestros restos no te lo harán nada fácil. Resbala y desliza todo el día." Y así, el día se verá verdaderamente acentuado por estos falsos arranques, chirridos y temblorosos intentos de aceleración mientras auto y bus intentan escapar del negro montículo de ceniza y de los últimos filamentos de alambre que quedan de las carcasas de los neumáticos quemados.

Desde mi pequeño escenario con vista a la plaza, tengo una buena imagen estereoscópica de la mañana que se desarrolla a mi alrededor. Una congestionada corriente de sonidos de tráfico baña la plaza como una marea que sube desde la calle Condell. En algún lugar a mi derecha, un constante golpeteo late al ritmo del resto de los sonidos de la plaza, otorgándole a todo un sentido de ritmo y pulso. Al asomarme a una de las ventanas a nivel de la calle, en General Mackenna, descubro el origen del sonido. Puedo ver apenas las manos de los panaderos

amasando sobre una mesa cubierta de harina. El aroma del pan horneado me invade. A mi izquierda, buses se van y llegan a un paradero. Los pitidos de advertencia de cada bus que retrocede perforan mis oídos como diminutos picahielos. A medida que avanza el día, dejaré de percatarme de ello.

Los apagados sonidos de las puertas de acero y las cortinas metálicas que se retiran de las numerosas tiendas y bares de la plaza acontecen como de costumbre. Las voces llenan poco a poco el aire, mientras los vendedores sacan sus mercancías para disponerlas en la vereda frente a sus tiendas. Los vecinos de los alrededores pasan por la plaza para ir de compras, subirse a un bus o tomar uno de los numerosos colectivos del paradero que bordea el costado poniente de la plaza.

Salgo de la pequeña plataforma de observación y hago un recorrido alrededor. En Pirámide, una pequeña calle lateral paralela a la avenida Ecuador, muchos vendedores ambulantes colocan sus productos en la acera o instalan pequeñas mesas. El ambiente aquí es tranquilo. Una especie de suave murmullo de voces y los sonidos de la plazuela se cuelan, como si vieran de lejos y casi se perdieran en la brisa matutina. Al llegar a Condell, me toma por sorpresa el rugido del tráfico, el impenetrable humo de los tubos de escape y el panorama de destrucción de la noche anterior. Los edificios están carbonizados y cubiertos de grafitis recientes. Fachadas destrozadas. Fragmentos de las cortinas metálicas sobresalen de las paredes. Vidrios rotos crujiendo bajo los pies.

Volviendo a la Plazuela Ecuador desde Condell, dejo atrás el muro de tráfico. En los cerros, detrás de la plaza, los edificios se erigen como un tsunami de silencio. Un sueño de lo que antes se tomaba por normalidad. La plaza sirve de punto de transición hacia la nueva normalidad, la zona de destrucción y revuelta.





Vuelvo a mi plataforma de observación. Voces agudas y agresivas resuenan en una tienda de comestibles situada detrás del paradero de taxis. Los propietarios de la tienda regañan a un trabajador de limpieza de la ciudad. Al parecer está levantando demasiado polvo con su escoba. ¡Pobre hombre! No sólo tiene que trabajar más de lo normal debido a los destrozos de la noche anterior, sino que además le gritan sólo por hacer su trabajo. No les hace caso y sigue con su tarea. Chorros de agua salpican por la vereda, en un intento de los empleados de la tienda por aplacar el polvo levantado.

Con el calor del día, percibo una tensión en el aire. Algo que casi puedo alcanzar y tomar entre mis manos. En varias tiendas a ambos lados de la plaza, cuadrillas de trabajadores levantan nuevas barricadas de acero para sus vitrinas. Sofisticadas rejas de perfiles de acero, cortadas a medida y con perforaciones para enormes candados, atornilladas firmemente contra las paredes. Dondequiera que mire, chispas y destellos de cegadora luz blanca penetran la sopa de aire polvoriento de la plaza, mientras los sopletes se encienden y fusionan metal con metal. Clusters de zumbidos, cortes, martillazos, taladros y chirridos metálicos surgen cuando los trabajadores transportan material desde sus camiones, convirtiendo la plaza en una fragmentada zona de construcción. Todos estos sonidos de trabajo encarnan una generalizada sensación de estrés, de que algo está a punto de romperse. Un mal presagio de que algo peor que la noche anterior se avecina.

De improviso, justo por encima de la plaza, una ráfaga de histéricas y estridentes voces llena la Avenida Ecuador. Me acerco y miro por una escalera que lleva a unas casas situadas sobre la plaza. Dos mujeres discuten violentamente con un hombre que está más arriba. Él lanza algo hacia las mujeres. Ellas le tiran más cosas de vuelta. Los escalofriantes alaridos de las mujeres reverberan locamente por las paredes del pasaje de la escalera, que afortunadamente está cerrada a la calle por una pesada reja de acero. Finalmente, desaparecen de la vista al final del pasaje. Sin embargo, sus lamentos continúan precipitándose, rebotando en las paredes de la escalera hasta desvanecerse en la arremolinada piscina sonora de la plaza.

Alrededor del mediodía, una zona de baja presión desciende. En algunos momentos la plaza se siente casi vacía. La brillante y resplandeciente luz del sol, que cae ahora directamente sobre la plaza, revela cada insoportable detalle de su superficie llena de cicatrices. Secciones completas de la vereda han sido arrancadas. Los adoquines, desaparecidos de la calle. Sin duda utilizados la noche anterior como munición para hondas o brazos fuertes. La mancha de carbón de la pira de neumáticos quemados de la noche anterior ha disminuido considerablemente de tamaño, aunque los vehículos siguen siendo presa ocasional de su resbaladiza superficie.

Tomo asiento en uno de los bancos del paradero de taxis. Las zonas de sombra alrededor de la plaza disminuyen rápidamente. Empiezo a adormecerme, a medio camino entre una meditación en torno a todos los sonidos que giran a mi alrededor y el sueño. Fuertes gritos me traen de vuelta, en completa atención. ¡Otra pelea! No está claro qué está pasando. Una chillona voz de mujer. Una profunda y tensa voz de hombre en respuesta. Una multitud de personas emerge de repente detrás de mí. Por el rabillo del ojo veo que se lanza un puñetazo. Un hombre de la multitud tropieza de espaldas con un anciano que sale de una tienda. El anciano es derribado y cae al suelo con un resonante whack al impactar su cabeza contra la vereda. Se desata una verdadera tormenta de recriminaciones mientras todos increpan al hombre que ha dado el puñetazo, a quien por fin veo. Vestido con una especie de uniforme militar, sus mejillas se inflan de furia. Prácticamente puedo oír las agrias ráfagas de aire caliente silbando entre sus dientes con cada respiración.

Una mujer con un bebé en el pecho sermonea al hombre de uniforme. Una feroz ametralladora de aceleradas voces lanza aspersiones, maldiciones, insultos, amenazas. El hombre de uniforme sube a un taxi y se aleja. Un extraño silencio, triste y herido, se instala a mi alrededor. Desesperación, indignación, incredulidad. El silencio como esa delgada y fina línea. Como la mecha que espera ser encendida para la siguiente explosión.

Hace rato que me di por vencido con encontrar algún tipo de refugio aquí en la plaza. Casi todas las sombras han desaparecido. Los sopletes siguen ardiendo. Las sierras metálicas siguen royendo con saña los perfiles y planchas de acero. Música proveniente de todas las direcciones inunda la plaza. Cada tienda sintoniza una emisora de radio distinta, las listas de reproducción emanan a todo volumen de cada bar en la embestida sonora de la tarde. Doy varias vueltas por la plaza, espacializando todos estos sonidos en mi mente que, debo reconocer, se ha tornado gradualmente un tanto confusa y anestesiada de cara a todo este calor, luz y sonido.

Se me ocurre, antes de marcharme, que en ningún otro lugar había escuchado los sonidos de tanta gente estornudando y tosiendo a lo largo de un día. Me incluyo a mí mismo, con mis estornudos y mi nariz goteante acentuando continuamente el gruñido sonoro de la plaza. No hay dolor que acompañe a mis estornudos ahora, como lo hizo por la mañana cuando recién llegué. El que aún puedo observar en los ojos entrecerrados de las personas que acaban de entrar en la plaza, la mayoría tosiendo y estornudando violentamente. Tapándose con pañuelos, toallas de papel o llevando desesperadamente las manos a la cara. Los mejor preparados llevan mascarillas de papel blanco sobre la nariz y la boca.

Todo esto debido a los gases lacrimógenos lanzados por la policía la noche anterior. Tan intensa e indiscriminadamente utilizados, que ahora la plaza está prácticamente empapada de gas. Sobre las fachadas de los edificios, la vereda, los árboles y las piedras que pavimentan la calle. Subiendo como un vapor, manifestado en todos los estornudos y toses, niños llorando mientras se frotan los ojos ardientes, exclamaciones de conmoción y angustia. La noche anterior resuena en forma de esta nube tóxica que cubre la plaza. El sonido metálico del cartucho de gas que cae contra el suelo. El seseo del gas diseminándose. Pasos rápidos que resuenan por la plaza mientras la gente huye de la creciente niebla gaseosa. Alguien coge la lacrimógena y se la lanza de vuelta a la policía. Pero el gas continúa esparciéndose por todas partes.

De la misma forma en que ahora se propagan las toses y los estornudos. Un elemento más que se suma al estrés. Otra pelea a punto de estallar. Otra vitrina blindada con acero. La esquizofrénica existencia de la "normalidad" a plena luz del día. Una mezcla nociva de polvo y gas. Esperando el frescor de la noche.

Este fanzine es un
extracto del libro
In Place Valparaíso
de Jason Kahn,
escrito durante la residencia
del Encuentro Tsonami 2019.

Mas información sobre el libro en
www.tsonami.cl/publicaciones

Traducción: Rodrigo Ríos Zunino
Diseño: Javier Bustos
Fotografías: Luis Bahamondes
Impresión: GSR

Tsunami Ediciones, TE-04
Se imprimieron 500 copias de este fanzine
para el Museo Sonoro de la Revuelta
Valparaíso, Chile, 2021



Proyecto financiado por el
Fondo Nacional de Desarrollo
Cultural y las Artes
(FONDART) 2020

fundación suiza para la cultura

prohelvetia

COINCIDENCIA - Intercambios
culturales Suiza-América del Sur

